

quen especialmente a conocer la realidad ambiental?

—Precisamente, en la reunión que acabamos de tener los miembros de la Comisión Internacional de Estaciones de grandes alturas en el Observatorio del Pico du Midi, en Francia, hemos aprobado una resolución invitando a los países americanos en que hay altiplano para que nombren un comité que estudie la biología del organismo en función del ambiente. México tiene investigadores de primera clase. Chávez, Rosenblueth, Méndez, Izquierdo, González Guzmán, podrían dar contribuciones importantísimas.

—¿A su juicio, la reforma social que se opera en varios países del mundo ha favorecido el mejor conocimiento de las ciencias biológicas?

—Tal vez este último conocimiento es el que ordena la reforma social, por su sentido de bienestar humano.

—Ahora que están celebrando en el Perú el primer centenario del sabio italiano Antonio Raimondi, acaso se precise alguna observación suya respecto a la altitud y la biología.

—No, que yo sepa. Raimondi fué un hombre genial. Llegó al

Perú sin tener título universitario. Sin embargo, es admirable la obra que pudo realizar, sin tener a la disposición instrumentos apropiados, pues a pesar de ello le fué posible hacer anotaciones y afirmaciones que han podido ser comprobadas en la actualidad.

—Ya es tiempo de que se haga un estudio sobre los hombres de ciencia que han hecho expediciones a través de nuestros países y que han dejado noticias en libros o monografías.

—Creo, como usted, que podría hacerse ese estudio y que de él podríamos obtener resultados sorprendentes.

—Sería un balance que arrojaría mucho en nuestro haber. Humboldt abre la marcha, tratándose de la América emancipada. Isaiah Bowman nos dejó esos admirables estudios entre los que sobresale *Los Andes del sur del Perú*.

—Estamos muy de acuerdo. En mi país contamos ya con algunas páginas que podrían aprovechar los que hacen el balance del progreso.

—La historia de la ciencia tiene una seducción irresistible, porque la ciencia es una de las grandes aventuras humanas. Sobre todo, en ella surgen ejemplos de hombres de estudio que cuando eran niños arrojaron dificultades terribles. Usted es uno de ellos.

—Permítame que, orgullosamente, le diga que me formé en un hogar muy pobre, y que mi madre daba lecciones de piano para sostener a sus cuatro hijos. Lo poco que soy, a ella se lo debo.

(Carlos Monge nació en 1884. Es doctor honoris causa de las Universidades de Chicago, Santiago de Chile y La Paz. Obtuvo su título de médico y cirujano en la Universidad Mayor de San Marcos de Lima, en la que actualmente es director de la Escuela de Altos Estudios y del Instituto de Biología Andina. Es uno de los peruanos que ha viajado más y que tiene, por lo mismo, las más amplias relaciones. Pertenece a la Academia de Medicina de Lima, la Sociedad de Biología de Buenos Aires, la Academia Nacional de Ciencias, la Sociedad de Biología, la Sociedad de Medicina Legal y la Asociación Médica-Peruana "Daniel A. Carrión", en el Perú. Es miembro honorario de la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires, la Sociedad Médica de Chile, la Sociedad de Neurología, Psiquia-

tría y Medicina Legal, en Chile, y la Facultad de Medicina de dicha Universidad. Hizo estudios de ampliación en la Universidad de París y en la Escuela de Medicina Tropical de Londres. Entre sus libros y monografías sobresalen los siguientes: *La enfermedad de Carrión o verruga peruana* (1912), *Las eritemias de la altitud, sus re-*

laciones con la enfermedad de Vaquez (1929), *La enfermedad de las grandes alturas* (1937), *La vida en los Andes y el mal de montaña crónico* (1942), etc. etc. El profesor Roger, Decano de la Facultad de Medicina, dió el nombre de "enfermedad de Monge" a la que es característica de los altiplanos andinos o "soroche".)

UN CINE-CLUB EN MEXICO

POR J. F. RICARD

Del Instituto Francés de la América Latina

¿Imaginamos lo que podría ser nuestra cultura pictórica si no nos fuese posible ver más que los cuadros pintados durante el año en curso o durante los dos o tres años pasados, y lo limitados que serían nuestros placeres literarios si, por una ley inexorable, se nos obligara a leer únicamente las "últimas novedades"?

Esta ley, sin embargo, es la que rige al cine, pues antes de ser un placer, una distracción o una obra de arte, una película es un producto industrial, una mercancía comercial. Cuando una película ha salido de los estudios no hay nada más urgente que "amortizarla", hacerla circular a fin de poder así obtener de su explotación bastante dinero para hacer otra. Resulta, por lo tanto, que todos los salones se hallan permanentemente ocupados por películas que no están aún amortizadas, es decir, por las últimas novedades.

Aunque sea de hecho posible pintar o escribir sin obtener dinero, aunque un editor no llegue a arruinarse por un libro no vendido, una galería de cuadros por una exposición sin éxito, dos o tres películas que no cubren sus gastos, representan una catástrofe para el productor; en efecto, dos o tres minutos de película impresionada representan el día de trabajo de centenares de artistas y técnicos. Por esto es que en el cine el interés de los productores prevalece sobre el punto de vista de artistas y aficionados: las películas que han cubierto sus gastos y producido beneficios deben ceder el lugar, aun siendo obras de arte, a las películas recientemente producidas, aunque éstas no valgan nada.

Es como reacción contra esta ley inexorable por lo que, desde los alrededores de 1930, se empezaron a crear en París unos salones desligados de los grandes circuitos comerciales y espe-

cializados en proyecciones de películas memorables, sin distinción de fecha o necesidades de orden económico (ha sucedido a menudo que estos salones ganen más dinero); luego se fundaron unos Cine-Clubs, asociaciones de personas que se cotizan para ver, juntas, las grandes obras clásicas de la pantalla, sin la finalidad de obtener beneficios.

Tales Cine-Clubs existen ahora en gran número en París, en Londres, en Roma y en Nueva York, y muy a menudo, en vez de ir a ver una mala película, en un salón comercial, se dirige uno a su Club —lo que es también mucho más económico—, en donde puede estar seguro de ver una muy buena película, pues se trata siempre de una cinta seleccionada.

Es uno de estos Cine-Clubs el que México, como las demás grandes capitales, ha logrado, bajo el patrocinio del Instituto Francés de la América Latina.

En él se pueden ver con regularidad, en la cómoda sala del Instituto, las obras de los más grandes realizadores de la historia del cine: René Clair, Jean Renoir, Julien Duvivier, Charlie Chaplin, Emilio Fernández, Marcel Carné, Eisenstein, etcétera; es decir, películas como *Las luces de la ciudad*, *La gran ilusión*, *Tempestad sobre Asia*. *El millón*, *El día se levanta...* nombres todos que merecerían ser célebres, cintas y obras que merecen ser tan estudiadas como los más grandes nombres de pintura y de literatura.

En efecto, así como existe buena y mala literatura, existe también buen y mal cine. Se escriben cada año millares de libros mediocres: el aficionado no los toma en cuenta, y sólo habla de los ocho o diez buenos libros que salen. Lo mismo se debe hacer con el cine, tanto para nuestro placer como para nuestra cultura.

Merck

MEXICO, S. A.

ELABORACION
DE
PRODUCTOS QUIMICOS
SALES, REACTIVOS
Y
ESPECIALIDADES
FARMACEUTICAS

Apartado Postal No. 8619

Teléfonos:

Eric. 18-13-20 Mex. 35-78-18

Versalles No. 15

MEXICO, D. F.